

BARCELONA NO ESTÁ EN CASA LOS DOMINGOS

UN CINTURÓN VERANIEGO PARA LOS FINES DE SEMANA.
INTERMINABLES CARAVANAS DE PEQUEÑOS VEHÍCULOS LLEVAN Y TRAEN AL
HOMBRE MEDIO LOS SÁBADOS Y LUNES

Una canción, hace ya algunos años popularísima en Barcelona, decía «Qué bonita es Barcelona, desde el mar al Tibidabo». Prescindiendo de la más que dudosa belleza poética del cantable, sí que lo podemos utilizar para la aprehensión de una realidad. La divertida, marítima y montañera, de las salidas de Barcelona. Esa divertida se aprecia sobre todo en los fines de semana. El barcelonés huye de su ciudad y la entrega sin lucha a un calor húmedo e infiltrante que convierte nuestras frentes en el escaparate de una pescadería de perlas. Por tierra, mar y aire, el barcelonés combate el verano. Decimos “aire” porque priva, y cada vez va en aumento, la afición por la escalada o por los saltos desde las palancas en las piscinas.

El habitante de Barcelona se entrega al «fin de semana» desde el mediodía del sábado. Son muchos los afortunados que ya se consideran libres de las tareas laborales desde la noche del sábado y muchos también los que reducen su fin de semana al bíblico descanso dominical. Barcelona tiene alrededores, y Cataluña tierra ancha suficiente como para recibir el aluvión de barceloneses que a pie, en tren, en autocar, en coche o en motocicleta, buscan el oxígeno del aire respirado bajo los árboles o el yodo viajero con las olas del mar.

El coche utilitario cumple una función primordial en una ciudad donde está en gestación una nueva «clase media» menos heroica que la «heroica clase media» de los tiempos de nuestros padres. Esta nueva clase media, realista y segura económicamente, puebla las carreteras catalanas con el zumbido del mosquito de los “cuatro plazas». Los conducen esposos que van a unirse con la familia que veranea en una torrecita, alquilada en la costa o en la montaña, y a aliviar algo la intranquilidad que manifiesta su estómago tras una semana de asimilar alimentos extracaseros.

CARRETERA ADELANTE

Salir de la ciudad en un coche utilitario equivale a entrar en el mundo del color y la alegría. Por la vía cercana a la carretera no cesan de rodar trenes de moderna factura repletos de público que descargan su mercancía en cualquier pueblo costero. Junto al pequeño «cuatro plazas» pasan con una insolencia disculpable los «gran turismo» o los mastodónticos autocares de los que se escapa una canción cantada al unísono y que casi siempre es «Desde Santurce a Bilbao...» o la vernácula «Es la mureneta la fe del poble catalá...». El que conduce el cuatro plazas suele hacer comentarios burlones sobre sus compañeros de escapada. Los motoristas son objeto por su parte de las aceradas críticas, sobre todo cuando llevan «paquete». El paquete, aseguran, es el que se lleva la peor parte en los accidentes.

Este barcelonés que conduce con buen pulso su Seat 600 hasta Premiá de Mar, espera llegar cuanto antes a su torrecita alquilada y una vez que consiga descolgar del cuello a sus hijos, ponerse fresco y leer el periódico sentado en la gandula o tumbado en la hamaca. Su fin de semana es sereno y sin estridencias económicas. La bebida a la que acude suele ser la cerveza mezclada con gaseosa, y su comida, «paella» o «ensaladilla rusa». El domingo por la mañana, tras humedecerse las sienes con las manos, introducirá lentamente en el mar su curva de la felicidad hasta sentirse inmerso en un frescor total. Desde allí ve cómo evoluciona el «nene» o la «nena» y se siente satisfecho. La comida, la radio, la siesta y un paseo junto al mar, al anochecer, completan su domingo. Después debe acostarse pronto para levantarse temprano y emprender la ruta hacia Barcelona, hacia el trabajo, hacia otra semana en espera

de su fin.

TRES COSTAS Y TRES HITOS: LLORET, ARENYS Y SITGES

El litoral catalán comprende tres costas bastante diferenciadas. De norte a sur encontramos: la Costa Brava, la Costa, como queramos llamarla, y la Costa de Oro. La primera se establece en la provincia de Gerona y tiene en Lloret la reina de sus playas, al menos en cuanto a la pleitesía popular. Espíritus selectos, el de Dalí, si nos sirve, prefieren Cadaqués, y bolsillos suficientes prefieren S'Agaró. La rebelión de las masas se ha adueñado ya de Blanes, Palamós, Lloret e incluso Tossa. Cada domingo centenares de autocares hacen el servicio Costa Brava y enfrentan al maravilloso paisaje de mar, roca y cielo, a muchos barceloneses que han pagado una cantidad que oscila entre las cincuenta y las cien pesetas por el viaje. Estos ciudadanos modestos no vacilan en comerse una tortilla de patatas frente al mar y junto al restaurante que anuncia «patatas a la suflet» en mal francés y escaso castellano.

La costa que se extiende desde Barcelona a Blanes tiene en Arenys su meca más importante. Es la costa de los propietarios de coches utilitarios que llegan con su presupuesto a alquilar una casita durante los meses de verano. Presupuesto imposible para la Costa Brava. Es una costa pacífica que conoce el turismo, pero también un turismo modesto. La arena de la playa no es tan gruesa como la de la costa anterior y las posibilidades de andar sin que el agua te cubra son escasas. Mongat, Ocata, Premiá de Mar, Vilasar, Mataró..., son poblaciones que cada domingo se llenan de familias barcelonesas.

Finalmente, y dejando atrás Barcelona hasta abandonar Cataluña, nos encontramos ante la Costa de Oro, cuya reina es Sitges, una reina en lucha con la oposición de Salou. Es una costa de playas rectas y arena finísima, de azul de mar menos intenso que en las anteriores. El bañista puede andar y andar antes de llegar a profundidades apreciables, y ello condiciona una afluencia de público extraordinaria.

Castelldefels, a pocos kilómetros de Barcelona, recibe cada domingo un contingente numerosísimo de gente. Por 12 pesetas el machadiano viajero en tercera, y por 19 el orteguiano viajero en segunda, se colocan en poco más de media hora de tren en una playa inacabable, en trance de completa urbanización y con unos precios razonables.

TIERRA DE TOMILLO, ROMERO Y PINOS

Los casi dos millones de seres que conviven en Barcelona se levantan con la mole del Tibidabo presidiendo la ciudad. A espaldas del Tibidabo se extienden unas próximas afueras que el pueblo barcelonés conoce bien. Se trata de Vallvidrera, Las Planas, Valldoreix, La Floresta, San Cugat... Los domingos, y en la plaza de Cataluña, se congrega una gran masa de público que, cestas en ristre, pugna por conquistar un lugar en el tren que le transportará a esas localidades. A la llegada descienden hormigueros humanos por los caminos en busca de fuentes perdidas entre los pinos y la típica vegetación de matorral que predomina en estas tierras.

Los hombres se dedican inmediatamente a encender el fuego. Es un arte difícil y sólo puede entregarse a él un ser cargado de paciencia. Lo fundamental es acertar en la disposición de las piedras en relación a la dirección del viento. Los niños y mujeres se entretienen mientras tanto en la búsqueda de ramas, piñas y hojas secas que cumplirán funciones encadenadas en el proceso del fuego. Después toda la familia colaborará en la confección de la paella.

La tarde acogerá posteriormente las correrías de los niños por la montaña y los juegos de adolescentes principalmente dedicados a la confección de columpios colgados entre los

pinos y al salto de la cuerda. Este juego goza incluso del afecto de los mayores. Los adultos observan primero con sonrisa los saltos de los jóvenes y, bien atraídos por un reto o bien por contagio simple, irrumpen en el grupo y demuestran que todavía les funcionan bien las articulaciones.

No escasean las canciones, a las que el pueblo catalán es tan aficionado. Aparte de las melodías de moda que permanecen en la memoria colectiva, están firmemente enraizadas canciones populares de remota tradición. Canciones incluso de clara procedencia medieval. El catalán es un ser profundamente sentimental y goza con la contemplación del paisaje. No es extraño, pues, que a la hora del crepúsculo se establezca el silencio sobre estos pobladores de los bosques domingueros, y mientras las mujeres intentan borrar de los niños las huellas de un día anárquico, en plena libertad de acción, los hombres miran la puesta de sol y un brote espontáneo de canción se vea coreado unánimemente.

Luego un apretujado regreso, la desembocadura del público en la Rambla y la búsqueda del descanso ante la monotonía de otra semana de trabajo.

LOS QUE SE QUEDAN

Cuando se da la coincidencia de un sábado por la tarde y un domingo acompañados de un lunes festivo, la huida de la ciudad es masiva. En el 18 de Julio pasado, la Renfe recaudó, exclusivamente con billetes de playa, cerca de cuatro millones de pesetas. A esto debe unirse la línea de ferrocarriles que presta servicios hasta Sabadell y Tarrasa, recorriendo las poblaciones de Las Planas, La Fioresta, Valldoreix, San Cugat... o la que conduce hacia San Juan de las Abadesas... y a todo esto debe unirse el contingente humano que se queda en la ciudad y busca sus formas de esparcimiento.

Un buen programa para el ciudadano que se queda los domingos en la ciudad sería el siguiente: misa, matinal cinematográfica, aperitivo, comida, siesta y fin de tarde y noche cenando en Montjuich o en el rompeolas. Las familias que no pueden salir cumplen este programa con una fidelidad casi devota.

Montjuich y el rompeolas tienen adeptos incondicionales. Constituyen junto a las Ramblas el tríptico de medios de esparcimiento más naturales y baratos. El catalán, hombre hogareño por excelencia, quiere que las salidas de su casa tengan un aire familiar. Así se traslada a todas partes con su mujer, hijos y elementos adjuntos de la familia, cuya custodia se respeta aquí como una obligación sagrada. Son éstos las clásicas tías solteras, abuelos supervivientes y también cualquier niño de los vecinos que por la circunstancia que sea se vea imposibilitado de que sus padres le faciliten este esparcimiento.

Montjuich es un monte que preside la entrada de la ciudad por mar. Su pasado selvático fue enmendado a raíz de la Exposición de 1929. Hoy reúne parajes de variada condición. Desde la pineda alfombrada de hojas secas y hormigas rojas de gruesa cabeza hasta los jardines mejor o peor dibujados, pero que en algunos lugares tienen positiva gracia armónica. El pasar un domingo en «Els tres pins» era y es una costumbre respetada. Beber agua en la «Font del Gat» es también algo que debe hacerse como una especie de rito. Montjuich y la Font del Gat se ven continuamente asaltados por las «collas» (grupos) de chicos y chicas, hombres y mujeres, niños y niñas, que todavía en el atardecer del domingo descenden hacia la ciudad cantando el aire antiquísimo...

*Baixant de la Font del Gat
una noia, una noia.
Baixant de la Font del Gat
una noia i un soldat...*

EN MEDIO DE BARCELONA, SAN SEBASTIÁN

S'Agaró es un lugar de la Costa Brava donde la influencia de turistas y gentes adineradas es superior. El barcelonés modesto que vio la Costa Brava una vez en su vida o no la ha visto ni la verá, ha aprendido a nadar en San Sebastián.

Los chicos y chicas de los barrios populares salen de sus oscuras escaleras en la mañana de los domingos y toman el tranvía. A la media hora de viaje ya están en San Sebastián.

San Sebastián es el nombre que designa generalmente a toda la playa que, situada en plena ciudad, sirve de centro de remojo a los barceloneses que se quedan. Es una playa frecuentemente sucia, a la que concurren en algunos puntos las aguas residuales de la ciudad. Únase a esto la sociedad natural que deja el tráfico portuario. No obstante, es una playa dividida entre varias sociedades de baños que disfruta de una afluencia de público realmente extraordinaria. La gente busca en ella, aparte de la comodidad de desplazamiento, la lisa superficie de numerosas piscinas de aguas filtradas, limpias, heladas, que consuelan del calor del sol y de la enorme afluencia de personal.

No falta en esta playa ninguno de los alicientes que brinda el mar: barcas, patines, palancas, trampolines. Está emplazada en uno de los barrios más castizos de la Ciudad Condal, la Barceloneta. Barrio marinero, barcelonés y humilde, donde se ha refugiado el catalán que no pudo comprarse una fábrica o una tienda y que no quiso volver a la tierra. Su población es fundamentalmente obrera y pescadora.

EL FIN DE SEMANA AL ALCANCE DE TODOS

Aparte de disponer de una mansión en Cadaqués, Tossa o Sitges, jugar a los bolos en Lloret, Salou u Ocatá y practicar el esquí acuático, existen otras formas de pasarlo bien en un fin de semana. Modernamente la extensión del uso de la tienda de campaña, el aparato de transistores y otros adelantos técnicos, permiten a muchos barceloneses el conocer lugares y permanecer en ellos de una forma económica.

El Montseny mismo ilustra lo dicho. Este precioso monte de la cadena costera catalana era hace varios años lugar reservado a los clubs excursionistas o a los montañeros solitarios. Desde hace unos años sus bellos rincones se han popularizado y poblado de tiendas de campaña de lona blanca, naranja, azul o roja, rompiendo bruscamente la gama de sus verdes.

Lugares sitios en su falda como San Celoni, Gualba, La Roca, Cardedeu... se han mostrado como de lo más genuino del paisaje catalán en las zonas de regadío. Paisaje umbroso, melancólico, pero de una melancolía más formal que profunda. Una melancolía que rompe la visión cotidiana del esfuerzo del payés doblado sobre la tierra, eso sí, junto a un sauce llorón o a un álamo robado al Duero.

La familiarización con el paisaje es otro de los fenómenos modernos, y quizá sea Cataluña la región española que más lo ha conseguido. Reductos como los pirenaicos, hasta hace unos años privilegios visuales no aptos para según qué sueldos, se ven ahora admirados por multitud de trabajadores que manifiestan de este modo el decidido propósito de conocer hasta el último confín de la tierra por la que luchan, penan y mueren, día a día. Causa de este deseo es, aparte de la natural elevación del nivel de vida, el apetito que despierta la divulgación gráfica, cada vez más numerosa, de las bellezas turísticas de Cataluña.

JUVENTUD Y FIN DE SEMANA

En las costas catalanas y en los montes, la juventud tiende a vivir sus propios fines de semana, desligados de la tutela paterna. La censura que podría producir este hecho queda cortada cuando se descubre que el interés que el barcelonés y el catalán han reencontrado por renocer la geografía de Cataluña, ha sido suscitado por la labor pionera de los jóvenes. Hace unos años un fin de semana barcelonés quedaba reducido a gozar de todas las diversiones que ofrecía la ciudad, pero sin rebasar sus límites. Costaba imaginar una digestión dominguera torturada por el traqueteo de un autocar.

Hoy las excursiones colectivas o el mero hecho de coger el primer tren que se pone a tiro, es algo plenamente unido a las obligaciones de todo buen padre de familia cada domingo. La labor del Frente de Juventudes, Centros de Acción Católica y diversas Asociaciones Excursionistas, redescubrió al barcelonés las posibilidades de la naturaleza. Así aquel espectáculo casi marcial y heroico que representaba la visión de jóvenes uniformados o sin uniformar, que goteaban sudor en su marcha hacia la estación con la tienda de campaña y la manta sobre la mochila, y el farol de petróleo colgando de un costado, es hoy habitual y participan en él sesudas madres de familia que acarrear su tienda de campaña como el que más, plenamente conscientes de lo que representa huir uno o dos días de una ciudad hermosa y entrañable, pero repleta de humos, polvo y aire respirado por cerca de dos millones de seres.

Vázquez Montalbán
El Español, 4 de agosto de 1960, pp. 32-37